

Pérez Villamil, Manuel

**Las bellas artes : discurso leído en la solemne
apertura de los estudios católicos de Madrid el día
15 de octubre de 1874 / por Manuel Perez Villamil.**

Madrid : Imprenta, Fundicion y Esterotipia de Juan
Aguado, 1874.

Vol. encuadernado con 27 obras

Signatura: FEV-AV-M-01448 (09)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de
España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de
lucro siempre y cuando se cite la fuente*

LAS
BELLAS ARTES.

DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA DE LOS ESTUDIOS CATÓLICOS DE MADRID
EL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1874

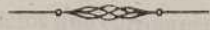
POR

DON MANUEL PEREZ VILLAMIL,

Profesor de la facultad de Filosofía y Letras,

y publicado en la Revista

LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.



MADRID

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE DON JUAN AGUADO.

Calle del Cid, 4 (Recoletos).

1874

BELLAS ARTES

Excmo. Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce

DISCURSO

Excmo. Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce

DON MANUEL PEREZ VILLAN

Excmo. Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce

ESTADÍSTICA

Excmo. Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce
 Sr. D. Juan de los Rios y Arce

MADRID

IMPRESA TIPOGRAFICA DE DON JUAN AGUIRRE
 Calle del Cardenal de España, 12
 1877

I.

SEÑORES:

Para cumplir su objeto los *Estudios católicos* y responder fielmente á su nombre, no deben limitar su accion á restaurar las enseñanzas que comprenden los programas oficiales, encaminándolas por la verdadera senda de todo progreso legítimo, sino que ensanchando esta accion benéfica para las ciencias y las artes, deben llevar la luz de sus doctrinas á donde quiera que el error y la impiedad han oscurecido con sus tinieblas el horizonte que el espíritu humano recorre en pos de la verdad, de la bondad y de la belleza.

El Catolicismo es enemigo implacable, así de los errores que coartan los vuelos de la inteligencia del hombre, creada para la verdad, como de los vicios que corrompen su corazon y manchan el espejo del alma humana, donde solo deben reflejarse los rayos brillantes de la belleza de Dios.

Por esto el Catolicismo tiene solucion para todos los problemas que la razon del hombre no puede resolver, y la luz de su doctrina alumbrá el extenso campo de las ciencias y de las artes. Esta brillante doctrina, lejos de ser refractaria á la ciencia, como suponen sus enemigos, la admite como una revelacion de las cosas por la evidenciam y la demostracion, si bien añade á esta revelacion otra más alta, fundada en el sentimiento y en testimonios infalibles. Por estos dos caminos, el de la ciencia y el de la fé, conduce el Catolicismo á las inteligencias que le son fieles á la

posesion de la verdad, término feliz de las sublimes aspiraciones del hombre. No hay ciencia por esto que no sea deudora al Catolicismo de sus principios esenciales, ni arte que no le deba el fundamento de sus reglas y la ley de sus progresos. Donde quiera que la luz de la verdad católica palidece ó se apaga, allí el error establece sus cátedras funestas para difundir las tinieblas de su corrupcion y su desórden.

Así ha sucedido desgraciadamente en nuestros dias, en que la impiedad ha logrado un funesto triunfo, que sin consuelo llora la sociedad cristiana, al contemplar la extensa accion de sus irreparables estragos. ¿Qué campo de la inteligencia no ha visto germinar en su seno la zizaña de la mala doctrina? Desde las más elevadas cumbres de la filosofía especulativa, hasta las más bajas prácticas de la vida humana, todo ha padecido el azote de la mentira, que ha trastornado la sociedad por completo. ¿Quién desconoce la influencia desastrosa que la escuela revolucionaria ha ejercido y ejerce en la sociedad contemporánea, introduciendo en ella el ateismo teórico y práctico en el órden religioso, el desdoro de la autoridad y las discordias civiles en el órden político, la miseria ó pauperismo, como hoy se dice, en el órden económico, el excepticismo y la duda en el órden filosófico, y la corrupcion y la ruina, por último, en las artes, que son como las urnas cinerarias destinadas á trasmitir á otros siglos los tristes restos de las sociedades que mueren?

Preciso es, señores, que tantos errores sean combatidos, y tantos desórdenes reparados, si no queremos perecer bajo las ruinas de la sociedad desquiciada; preciso es que allí donde la zizaña brote nos apresuremos á arrancarla, para poner en su lugar la semilla fecunda de la buena doctrina. A esta noble mision están llamados los *Estudios católicos*, mision espinosa ciertamente, pero mision tambien de honor y de gloria. Las doctrinas se vencen con doctrinas, los errores de la falsa ciencia se aniquilan con las verdades de la ciencia católica, y sean más ó ménos poderosos los obstáculos que en esta obra tengan que vencer los *Estudios*, el resultado no es dudoso si no les falta, como no les faltará mediante la proteccion divina, fé inquebrantable en su trabajo, y esperanza segura en su triunfo.

Pero, señores, el campo que es necesario cultivar es inmenso,

faltan brazos para llevar á cabo la obra restauradora por completo, y de aquí la precision en que estos *Estudios* se ven de poner límite á sus deseos, concretando los actuales á cultivar con modestísimos recursos, algunas de las más importantes esferas de la enseñanza moderna. Por la importancia y trascendencia de los frutos que produce, es la esfera de las bellas artes una de las que más llaman en el día la atención de los sábios católicos, y una de las que exigen más urgente y general estudio, para contener los estragos que causan en ella la impiedad y la ignorancia de los sofistas y vándalos del siglo XIX. Esta consideracion ha movido el ánimo ilustrado y piadoso de nuestro dignísimo Rector, para aceptar y hasta aplaudir la idea de establecer en estos *Estudios católicos*, una cátedra de *Teoría é historia de las bellas artes*, cátedra confiada al indigno profesor que os habla, y á quien tambien le ha sido impuesta la grave carga de recomendar esta enseñanza artística á los padres de familia y ~~que~~ á la juventud estudiosa, para alcanzar de ellos el indispensable apoyo que la empresa reclama. Cuento para ello con vuestra indulgencia, porque solo esperándola, puedo atreverme á tratar este delicado asunto, ante tan ilustrada concurrencia.

II.

Cuando en el pasado siglo, los falsos filósofos, para combatir al Catolicismo abrieron cátedras de mentira y de ignorancia en Europa, y por un sistema combinado de destruccion, dirigieron sus asechanzas á todas las esferas de la vida social, no faltaron algunos que dotados de penetracion satánica, comprendieron el provecho que á su empresa podia reportar una predicacion maliciosa sobre la naturaleza y destino de las bellas artes, campo de fecundas glorias para la Iglesia de Cristo. Respondiendo estos enemigos jurados de la verdad á su plan convenido, comenzaron por acusar de ignorancia á la ciencia católica, y por atribuirse la gloria de haber encendido la luz de la civilizacion en el oscuro caos de tinieblas acumuladas por largos siglos de barbarie. Fruto

de esta conjuración contra la verdad, fué la llamada ciencia *Estética*, á la que numeroso coro de sectarios saludó bien pronto como una de las más grandes conquistas de la filosofía moderna. De Alemania y de Inglaterra salieron numerosos tratados sobre la ciencia de lo bello, que extraviaron rápidamente las ideas en Europa, y arrojaron á las bellas artes por el camino de una vergonzosa decadencia. El solo nombre de *Estética* dado por Baumgarten á esta ciencia (1), fomentó como dice Jungmann, el mal espíritu que corresponde con ese nombre en la parte de la filosofía designada por él, y los estragos de semejante espíritu no han cesado por desgracia en las inteligencias amamantadas en las fuentes de la doctrina racionalista.

Considerada la belleza desde el punto de vista del materialismo más degradante, todos los principios y todas las teorías de la llamada ciencia nueva, fueron un manantial de ponzoña que corrompió el génio de grandes artistas, y llenó la sociedad de producciones escandalosas. En efecto, *La Estética*, dice Lemcke, «es la ciencia de las percepciones y afectos sensibles, llamada propiamente ciencia de la belleza, porque la belleza es el término de todo conocimiento adquirido por los sentidos.» (2) Y si por ventura las palabras de Lemcke parecen á alguno incompletas para expresar el concepto de la belleza, segun la entiende la filosofía sensualista, su colega Burke nos las explica con harta franqueza, diciendo que «la belleza es una propiedad particular de los cuerpos que por un modo mecánico obran sobre el alma, mediante los sentidos, y que todo el influjo de esta propiedad que denominamos belleza, se reduce á relajar las partes sólidas de nuestra máquina, á dilatar y ablandar las fibras de los órganos de la sensibilidad, de suerte, que con mayor facilidad se ejerciten sin experimentar cansancio.» (3) Ya lo sabeis, señores, cuando bajo las naves sombrías de una Catedral gótica que se elevan al cielo como las ramas entrelazadas de gigantescas palmeras de

(1) Alejandro Amadeo Baumgarten, publicó en Francfort, por los años de 1750 á 58, su *Estética*, como una ciencia especial que figura al lado de la metafísica y de la moral. Por esta razón ha sido llamado el fundador de la *Estética*.

(2) *Estética popular*, pág. 3, 4, 11 y 12.

(3) *Investigaciones filosóficas sobre el origen de nuestras ideas acerca de la belleza y del sublime*, pag. 3, sec. 12.

granito, envueltos en la luz misteriosa de las lámparas y las ojivas, sentís^{se} elevarse vuestra alma á regiones infinitas y abismarse en pensamientos sublimes; cuando ante las celestiales Virgenes de Murillo se despierta en vuestro corazon el amor inmenso que profesais á la Reina de los Angeles; cuando leyendo la *Divina Comedia* del Dante, recorreis con la imaginacion, fuertemente impresionada, las mansiones de la vida futura, llenas de misterios grandiosos que anonadan vuestra inteligencia finita, todos vuestros goces sublimes y vuestras emociones arrebatadoras no valen más que una digestion bien hecha y un sueño profundo y reparador.

A estos progresos condujo la *Estetica* creada por los filósofos anti-cristianos, hasta que avergonzada la misma impiedad de tan groseros errores, dió otro giro á sus investigaciones insidiosas sobre la belleza y las bellas artes. Consecuencia de este cambio fué la teoría panteista, que divulgada por Schelling en Alemania, formó la base de numerosas producciones que han ejercido y ejercen una influencia desastrosa en la sociedad moderna. Recurriendo Schelling á los errores del viejo paganismo, como lo habian hecho los filósofos sensualistas para formar sus teorías estéticas, tomó de Plotino (1) el concepto de la belleza, considerándola como «la manifestacion de la idea del sér divino en forma limitada.» De aquí partieron las diversas teorías panteistas que más voga han alcanzado en los tiempos modernos. A la cabeza de todas marcha la teoría hegeliana, que aun mantiene abiertas sus cátedras en Europa, y emponzoña con sus doctrinas los fecundos manantiales de la inspiracion artistica. El panteismo de Hegel traspira en todas las páginas de su *Curso de Estética*. Para este célebre corifeo de la filosofía moderna, «lo bello en la naturaleza no es otra cosa que la unidad de la vida, en tanto que esta unidad viviente es la primera forma de la idea, es decir, el primer grado de la evolucion de Dios en el mundo.» Vez aquí á Dios, sér infinito, manifestándose por medio de las formas sensibles que necesariamente son limitadas; Dios, sér inmutable y eterno, desarrollando su existencia por grados de progresion, y encontrando en la vida orgánica la primera etapa de su incomprensible metamor-

(1) De Pulchrit, c. 2.

fosis. Consecuente con este concepto de la belleza Hegel, declara que «Dios no existe en su belleza ideal, sino en tanto que el hombre reconociéndose á sí mismo, le ha realizado todo viviente en su conciencia, y expresado por medio del arte.»

Esta teoría del ideal objetivo en el hombre, dice un autor, teoría que mata al mismo tiempo la Religion y el arte, es el resúmen de la estética hegeliana, y es precisamente la gran maestra de la teoría religiosa y artísticamente destructora, que no teme profetizar la caída próxima de la Religion y del arte ante la dominacion definitiva de la ciencia, la única capaz de comprenderle y alcanzar lo absoluto.

III.

Tan crasos errores ha producido la filosofía anti-cristiana huyendo del sensualismo, demostrando de este modo la frágil naturaleza de la razon humana, que marcha de error en error y de caída en caída cuando no se apoya en la verdad revelada que el Catolicismo enseña, para que sea la luz de las inteligencias y la salvacion de los hombres. No necesito hacerme prolijo exponiendo los diversos sistemas estéticos que, partiendo de estas dos ramas del árbol venenoso de la filosofía moderna, el sensualismo y el panteísmo, han conducido á la ciencia de lo bello á un caos impenetrable de contradicciones y tinieblas, para probar la necesidad de que la luz de la verdad católica penetrase hasta su fondo y restableciese la naturaleza de lo bello y la dignidad del arte al lugar que la corresponde en el campo de la filosofía cristiana.

Así ha sucedido afortunadamente. Doctos varones, educados la mayor parte en las escuelas eclesiásticas (y consigno este hecho como tributo de consideracion á la ilustracion del clero católico, tan calumniado en nuestros dias), han llevado al campo de las bellas artes la luz que brota á torrentes de los principios y dogmas de la Religion verdadera. Desde la misma sagrada cátedra del Espíritu Santo se ha lanzado pocos años há el grito de alerta contra los errores de la estética moderna, y se han asentado de un

modo elocuente las verdades fundamentales de esta ciencia moral y las leyes esenciales del arte bello (1). Porque suponer que los errores de la ciencia anti-cristiana no influyen para nada en las producciones artísticas, es un absurdo, contra el cual se subleva el sentido comun de todos los hombres y los testimonios indestructibles de la historia de todos los tiempos. El ilustre jesuita, P. Félix, á quien acabo de aludir más arriba, decia en una de sus magnificas conferencias estas palabras elocuentes:

«Solo quien tenga una mano para pintar y no cabeza para pensar puede dudar del anterior aserto; pero el artista que piense no se asombrará de ver á la filosofia y al arte unidos en las mismas caidas y en las mismas degradaciones. Entre las negaciones de la ciencia y las decadencias del arte, las relaciones íntimas tienden al fondo de las cosas como al fondo del alma humana, y se manifiestan interiormente por una marcha regular y un paralelismo constante.»

Y el mismo ilustre orador, hablando en otra conferencia de la restauracion del arte, exclamaba de este modo:

«¡Oh santa Religion de mi Cristo! Religion de verdad, de santidad y de belleza, tú obrarás el milagro de esta restauracion, demostrando de este modo que eres en el arte, como en todo, la *resurreccion* y la *vida*.»

En efecto; la doctrina católica tiene solucion, y solucion luminosa, para todos los problemas relativos á la belleza y á las bellas artes, porque Jesucristo nuestro Señor es el centro de lo bello, como lo es de lo verdadero y de lo bueno; es el foco eterno del arte, como lo es de la ciencia y de la santidad. Si abrimos los Sagrados Libros y las obras de los Santos Padres y de los teólogos más insignes del Cristianismo, en ellas encontramos derramadas las flores con cuyos puros y brillantes matices se han adornado las producciones más portentosas del génio artístico. Las

(1) Conferencias del Rdo. P. Félix en N. S. de París durante la Cuaresma del año 1867.

Santas Escrituras nos revelan que Dios es bello; que su belleza acompaña su majestad y su gloria, y que se reviste de ella como de un brillante vestido. La misma Biblia nos revela que las criaturas son bellas y que su belleza descende de Dios; de modo que, según los Libros Santos, la belleza es un atributo divino, y la belleza de las criaturas tiene su principio en el Criador.

Estas verdades fundamentales de la estética católica (si me permitís unir estas palabras en obsequio de la claridad) son proclamadas por todos los escritores católicos, y siempre que los Santos Doctores nos hablan de lo bello, es en este sentido. Oigamos algunos testimonios: San Agustín dice que Dios es verdaderamente el tipo ó el ejemplar de la belleza creada; así Él es la causa primera, porque Dios es la belleza suprema que ha establecido en su sér todas las especies de bellezas distintas de Él. San Buenaventura, en su *Itinerario*, escribe que la belleza de las criaturas da testimonio del Criador, como un efecto da testimonio de su causa. San Anselmo, por último, explicando que hay en Dios armonía, olor, sabor, *belleza* de una manera inefable, que le es propia, emplea las palabras siguientes: «Sí, Señor Dios; Vos poseéis todas estas propiedades en Vos de una manera inefable, que no pertenece más que á Vos solo, pues que Vos las habeis dado á las cosas creadas de una manera que les es propia.» En resumen, la doctrina católica afirma que así como Dios es el Sér infinito y la perfeccion infinita, es tambien la belleza infinita; que así como Dios es el Sér ejemplar y la perfeccion ejemplar, es tambien el tipo ó ejemplar de toda belleza; así como nada existe, ni nada es perfecto sin reflejar la perfeccion divina, tampoco hay nada bello que no sea un reflejo de la belleza divina; así como toda criatura recibe de Dios el sér y la perfeccion, recibe tambien la belleza; del mismo modo, en fin, que en Dios lo verdadero, lo bueno y lo bello son realmente idénticos, así tambien en las criaturas nada es bello sin ser verdadero y bueno, sin conformarse con las inmutables leyes de Dios.

De este luminoso principio ha sacado la filosofía cristiana raudales de luz para el campo de las bellas artes.

Siguiendo las doctrinas de la escuela socrática y de los filósofos cristianos más distinguidos de la Edad media, el docto jesuita Jungmann ha trazado un ancho camino para la crítica artística,

estableciendo un sistema estético en el cual brillan á la vez la profundidad del génio filosófico de su autor y la autoridad de testimonios aducidos por una erudición inagotable (1). Para Jungmann «la belleza de las cosas no es sino su intrínseca bondad, por la cual excitan la complacencia del espíritu racional, segun que dicha bondad en virtud cabalmente de esta complacencia, llega á ser la razon del deleite que experimenta el espíritu que la contempla.» El mismo Jungmann llama bellas «las artes que ponen ante los ojos del hombre especies reales,   fingidas conforme   las leyes del sér contingente, en las cuales se representa claramente   la razon un objeto suprasensible de superior hermosura, ora pertenezca al mundo objetivo, ora   la vida afectiva del artista, ofreciendo dichas artes   la mente   la cosa misma bella,   imágenes   signos que la dan á conocer, y proporcionando al espectador la viva percepción y el deleite de la belleza suprasensible.»

Este concepto de la belleza y las bellas artes prueba por sí solo la importancia de su estudio, porque él abre á nuestros ojos ese diáfano y dilatado horizonte por el cual puede elevarse el espíritu hasta el trono de la Divinidad, al través de brillantes estrellas, que son las obras artísticas, y donde se reflejan los rayos de la belleza infinita.

IV.

Pero no basta probar la importancia de una ciencia dando á conocer lo que esta es en sí, es necesario demostrar su utilidad dando á conocer lo que esta ciencia realiza. No es esto difícil teniendo presentes los profundos conceptos enunciados arriba sobre la belleza y las bellas artes. Si la belleza se identifica con la bondad y el arte tiene por objeto directo   inmediato lo bello, la misión del arte no puede ser más sublime; su gran misión social,

(1) *La Belleza y las Bellas Artes*, segun las doctrinas de la filosofía socrática y de la cristiana, por José Jungmann, sacerdote de la Compa a de Jesús, traducido del alemán por el Sr. Orti y Lara.

como dice el P. Félix, es perfeccionar la vida humana acercándola á su ideal, que es el mismo Dios, elevar á los hombres atrayéndolos hácia las alturas, imprimir á la humanidad por un movimiento de abajo á arriba una direccion ascendente y una marcha progresiva. Cuando la doctrina sensualista impera por el contrario en el mundo estético, y la belleza, lejos de identificarse con la bondad se identifica con el apetito sensitivo, no hay que esperar entonces que las obras artísticas levanten á la humanidad hácia las alturas donde brilla la belleza de Dios, sino que, empujándola de caida en caida, de corrupcion en corrupcion, la conduce sin remedio al abismo del libertinaje. Y es que cuando la bondad desaparece de las almas, la belleza, identificada con aquella, se eclipsa, y el arte que en su más alta expresion es el reflejo de las almas iluminadas por los brillantes rayos de la belleza infinita, queda sin objeto, si es que no prostituido y completamente degradado.

Para el que con ánimo imparcial contemple la historia de las artes y vea surgir siglo por siglo ese caudal, más ó ménos abundante, de obras artísticas, donde el génio de todas las edades ha depositado los tesoros de su inspiracion, este paralelismo que señalo entre las ideas de la sociedad y el carácter de sus monumentos artísticos, aparece revestido con la evidente claridad de los hechos. Pero donde más palpable la verdad de esta doctrina se nota es en la comparacion del arte pagano con el cristiano, del arte inspirado por los errores del paganismo y el arte regenerado por las doctrinas del Evangelio: sensual y humano el primero, como propio de los pueblos gentiles, ciegos adoradores de una divinidad engañosa, obstenta toda su sublimidad en el último, digno de los pueblos cristianos, fieles adoradores del verdadero Dios.

Esta comparacion, sin embargo, ha dado ocasion á lamentables exageraciones de inmensa influencia para la vida del arte. No trato de profundizar en el origen de estos extravíos, por más que este trabajo condujera á demostrar tambien la utilidad de los estudios estéticos, objeto principal de estas desaliñadas observaciones: pero será bien que diga que la falta de estos estudios, ó mejor dicho, su corrupcion y desórden ha contribuido á extraviar las ideas artísticas en Europa desde la época memorable del rena-

cimiento clásico. En esta época, de exageraciones increíbles, divorciáronse por algunos las ideas de belleza y de bondad, y dióse á aquella un carácter sensible y material que arrojó á muchos artistas en brazos del paganismo. De aquí provino aquel desprecio absoluto hácia el arte espiritualista de la Edad media y aquel culto idolátrico á los restos mutilados del arte greco-romano. De este entusiasmo por la belleza material, por la belleza de la forma, provino tambien el escándalo de que los groseros errores de los escritores gentiles y las impúdicas desnudeces olímpicas tuviesen un lugar distinguido en las librerías y salones de las familias cristianas.

Pero, señores, si el divorcio de las ideas de bondad y belleza condujo á estos extravíos y desórdenes vituperables, tambien en nuestros dias el divorcio de la belleza y sus formas manifestativas en las artes ha conducido á la exageracion de condenar en absoluto el arte cultivado por la antigüedad gentilica. La crítica racional aconseja proceder de otro modo en esta comparacion del arte pagano y del cristiano; porque decir que Grecia y Roma no produjeron obra alguna digna de admiracion y de estudio, es un error tan manifiesto como suponer que las obras paganas aventajan en belleza á las cristianas, donde brilla la luz de la verdad sobrenatural. En cuanto á las formas externas de representacion, el arte pagano no tiene rival en la historia: en él brillan tambien la verdad y la naturalidad de la expresion, la fuerza inventiva de los artistas y el carácter genial de sus ficciones; pero si se trata del fondo mismo de las creaciones artísticas, de las ideas elevadas que inspiran el arte, de los sentimientos nobles y sublimes que este despierta en el alma, entonces el arte cristiano, es decir, el arte que tiene á Jesucristo por modelo, no admite comparacion alguna con el arte de Grecia y Roma. Hé aquí donde estuvo el extravío de algunos artistas del *Renacimiento*, en que no supieron estudiar los restos que exhumaban del arte antiguo, en que deslumbrados por la belleza de la forma, olvidaron la verdadera naturaleza del arte y pusieron en imitar esta belleza todos sus esfuerzos y toda su gloria.

Ved así demostrada por los hechos la importancia de los estudios estéticos: si los aludidos artistas del *Renacimiento* no hubiesen perdido el verdadero concepto de lo bello y la mision su-

blime del arte, hubiesen conducido á este al período de mayor esplendor á que le es dado aspirar en la tierra. No faltaron, por fortuna, artistas que, amamantados en buenas fuentes de doctrina, supieron armonizar el pensamiento católico y la forma pagana, ejecutando obras donde, al través de líneas admirables, resplandece la clara luz de la verdad católica. ¡Cuán distinto se ofrece á la consideracion de la crítica el pintor de Urbino cuando, bajo la inspiracion de los teólogos romanos, pintaba *los dolores de la Madre de Dios* en la calle de la Amargura y *la Trasfiguracion del Hijo de Maria* entre los esplendores del Tabor, que cuando, seducido por los sensuales halagos del paganismo, retrataba el *Triunfo de Galatea* y el *Juicio de París*.

De estas consideraciones se desprende la importancia que con relacion á la teoría tiene la historia del arte; pero aún hay más: esta historia, estudiada con un recto criterio filosófico, forma el conocimiento exacto y metódico del carácter genial y las afecciones íntimas de los diversos pueblos que han cultivado las artes en el transcurso de los siglos. En los inmensos hipogeos de Mahabalipour, Elefantina, Amboli y Ellora, la historia del arte nos muestra retratado al pueblo indio profundamente abismado en sus meditaciones de lo infinito; en las *cellas* misteriosas y en las elevadas pirámides de Egipto nos muestra la constitucion sacerdotal, aristocrática y guerrera del pueblo de los Faraones; en los templos de Grecia y en los palacios de los Césares nos descubre grabadas las ideas de la independencian helénica y la dominacion romana; y finalmente, en los siglos cristianos de la Edad media nos asombra con el cuadro grandioso de su cultura artística, cuadro donde, segun expresion feliz de un autor, un pueblo inspirado por la fé construia ideas con mármol y formaba poemas épicos con catedrales.

El estudio por esto de los monumentos artísticos arroja una luz clarísima sobre los hechos de la historia humana. ¿Quereis

conocer el verdadero espíritu de la historia de nuestra patria? Pues buscad en el arte la clave misteriosa de sus hechos memorables. La arquitectura os ofrecerá el espectáculo magnífico de sus templos levantados en los siglos XII y XIII, templos y fortalezas á la vez como expresion genuina del carácter religioso y militar del pueblo español. Vereis el sello de la reconquista impreso en sus gruesos muros, en sus torres almenadas, en sus robustos machones y en su aspecto noble y sombrío; porque son los templos de la piedad católica defendidos por el brazo del heroismo caballeresco (1). Si pedís á la pintura su elocuente testimonio, ella os presentará en primer término, en la inmensa galería de sus obras religiosas, las incomparables Concepciones del pintor teológico, como un ilustre escritor ha llamado á Murillo, para demostraros que ningun pueblo de la tierra ha concebido como el español, fervoroso amante de la Virgen Inmaculada, una imagen más bella de su purísimo rostro, donde brilla misteriosa la sobrenatural. La poesía, por último, que es el arte por excelencia, cantará á vuestro oido en las dulcísimas lirás de nuestros poetas místicos los puros afectos del corazón cristiano; representará á vuestra vista los grandes misterios del Cristianismo en los *Autos sacramentales*, y os narrará, finalmente, las gloriosas hazañas de los bravos caballeros que con su espada y su cruz salvaron en cien combates la independencia de la patria.

Ningun pueblo ha sido más rico que el español en obras artísticas de todos géneros: templos grandiosos, monasterios insignes, palacios magníficos, cuadros incomparables, poemas de indecible belleza; todo, en fin, lo que puede constituir el glorioso patrimonio de un pueblo que en sentimientos elevados y en grandes ideas no ha tenido rival en el mundo. Pero con dolor y hasta con vergüenza sea dicho, una generacion corrompida, y más que corrompida ignorante, ha dilapidado tan rico patrimonio reduciendo á polvo y ceniza insignes monumentos, vendien-

(1) Entre los diversos monumentos de este género que podria citar merece la primacia la catedral de Sigüenza por la originalidad de su estilo, la regularidad de sus formas, y la perfecta conservacion de sus bellezas. Es uno de los templos que menos han padecido del mal gusto del siglo pasado y del espíritu destructor del presente.

do á extranjeras manos joyas artísticas de inestimable valor, y amenguando con declamaciones impías el entusiasmo que en el corazón de los pueblos despertaban las obras inspiradas por el génio del Catolicismo.

¡Cuánto contrista el ánimo el contemplar la progresiva destrucción de cuantos monumentos artísticos traen á la mente épocas de gloria para la España católica y caballeresca! El viajero que recorre nuestras ciudades y nuestros campos halla por do quiera motivos de dolor en las ruinas que salen al paso como los restos de un naufragio arrojados por las olas en las playas solitarias. Los montes han quedado desiertos por haberles arrancado los castillos que coronaban sus cumbres y los monasterios que ocupaban sus vertientes; las villas y lugares han roto el cinturón de fortalezas que las ceñían, y unas tras otras caen al suelo las picotas feudales, las lápidas blasonadas y las inscripciones históricas; las ciudades, por último, han perdido las antiguas puertas guarecidas de bastiones y almenares, los aleros de las casas de finas maderas labrados, los cosos donde justaban los caballeros, las ermitas donde se albergaban los peregrinos, los palacios levantados por la opulencia de los magnates y los templos erigidos por la piedad de los pueblos.

En otra nación se procuraría por legítimo orgullo conservar esos insignes testimonios de lo que fueron y valieron nuestros padres, cual un museo colosal de todas las grandezas españolas; pero aquí ¡triste es decirlo! mientras los extranjeros visitan con afán y cuidado las ruinas de nuestros monumentos, trasladando á su álbum bocetos preciosos de las maravillas que encierran, nosotros pasamos junto á ellas con soberana impasibilidad, y vemos á la sórdida codicia y á la brutal ignorancia ir las convirtiendo en establos y palomares, si es que no en polvo y ceniza para que las arrebatase el viento, heredero forzoso de nuestras glorias nacionales.

Basta y sobra lo dicho para demostrar la necesidad imperiosa de que se corten las alas al viento del vandalismo, que, nunca satisfecho de ruinas, aún codicia los escasos restos de nuestros monumentos artísticos.

VI.

El cultivo de los estudios estéticos contribuirá, sin duda, á este resultado, porque si bien se repara, más que á la impiedad revolucionaria, debe el arte sus ruinas en España, en estos últimos tiempos, á la ignorancia casi universal, en materia de bellas artes. ¿Pero cómo introducir estos estudios donde puede decirse que se ignora su objeto? A personas muy ilustradas he oido recomendar la publicacion de libros claros y metódicos, donde se expongan los principios capitales del arte y los hechos más culminantes de su historia; pero tengo para mí que este medio de propaganda no basta para lograr un resultado seguro, porque además de que es muy limitado en España el número de los que adquieren y estudian las obras nuevas que se publican, ó estas van á parar á manos ilustradas, que las desdeñan por incompletas ó elementales, ó caen en manos profanas, que por desconocer su objeto las abandonan al olvido.

Es necesario, á mi juicio, apelar á otro medio que más seguramente conduzca al objeto de que se trata, medio que haga accesibles á todas las inteligencias este estudio, y que gradualmente desarrolle hácia él la aficion de la juventud, palanca irresistible de toda empresa noble y generosa.

La juventud, señores, es inclinada á los placeres, ¿y qué placer más elevado puede dársele que el que proporcionan al espíritu las obras artísticas? Este placer, superior á todos los falsos placeres de la carne, formará en su corazon rectos y saludables propósitos que la encaminen por la difícil senda de la virtud y le aparte de los peligros que ofrece el mundo á sus pasiones inflamadas. La santa, la sublime pasion de lo bello arrebatará hácia las alturas de la verdadera gloria á la juventud entusiasta, y formará una generacion que restaure las destrucciones causadas por el vandalismo moderno.

Para obtener este resultado, nada más conveniente, á mi humilde juicio, que el establecimiento de cátedras elementales, donde la teoría é historia del arte sea estudiada en sus principios y

en sus aplicaciones. Porque no basta enseñar cuál sea el concepto de la belleza y la naturaleza é historia del arte; partiendo de que la estética es una rama de la filosofía moral y la historia del arte otra rama de la historia universal, es necesario, á la vez que se estudie la teoría é historia del arte, señalar sus estrechas relaciones con las ciencias capitales de que estos estudios se derivan. De este modo, la enseñanza de que se trata formará un campo vasto y brillante, donde todas las inteligencias pueden encontrar abundante pasto de erudicion y doctrina.

Estudio tan importante ha logrado en el extranjero un gran desarrollo, y de dia en dia aumenta el cúmulo de obras que nacen al calor de esta verdadera efervescencia artística. Por desgracia estas obras, en lo que se refiere á la historia del arte, nunca satisfarán las necesidades de nuestra patria: dedicadas especialmente á historiar el arte del país en que se publican, poco es lo que dicen del arte español, al que condenan muchas veces á un olvido injustificable. Ved aquí otro trabajo que es necesario hacer en las cátedras elementales, cuya creacion se proponen llevar á cabo los *Estudios Católicos*, españolizar esta enseñanza para hacerla más interesante y útil, procurando reivindicar para el arte español el alto lugar que le corresponde en la historia general del mismo y haciendo accesibles á todas las clases sociales el estudio de los monumentos más notables de nuestra patria. Siempre las clases ricas, sin embargo, las clases aristocráticas que por su misma condicion social viven con holgura y viajan por recreo, podrán alcanzar en este terreno más abundantes y sazonados frutos: su vida independiente de los continuos afanes del hombre que invierte largas horas en trabajar para comer, y sus viajes por diversas comarcas, que le proporcionan ocasion ventajosa para ver y estudiar los monumentos artísticos de todas ellas, son condiciones harto favorables para sacar de los estudios artísticos frutos abundantes. Por esto, al llamar á la juventud estudiosa á estas enseñanzas, fijo en primer término los ojos en esa clase, que para mantener el lustre de sus blasones y contribuir á la gran obra de la restauracion social, en que tan interesada se encuentra, debe trabajar en la elevada y recreativa esfera que el arte le ofrece con el estudio de sus obras admirables. Ejemplo digno de imitar ofrece en este punto la aristocracia de otros países, especialmente de

Inglaterra y Alemania: las régias moradas de los aristócratas de estas naciones son por lo regular ricos museos donde brillan las producciones más excelentes del arte antiguo y moderno. ¿Quién mejor que un opulento prócer puede adquirir y restaurar los edificios ruinosos, comprar y conservar los cuadros que la ignorancia deteriora y ser, por último, los protectores ó Mecenas de los artistas necesitados? Que la aristocracia española, en la cual existen ya, para honra suya, ilustres protectores y cultivadores de las artes, fije su atención en el campo de gloria y de legítimos placeres, que estas le ofrecen, y eduque sus hijos en el santo amor de lo bello y en el noble cultivo del arte.

Pero si las clases ricas deben con privilegiado afán cooperar al buen éxito de la empresa que estos *Estudios Católicos* van á emprender, también las ménos acomodadas pueden y deben compartir con aquellas la gloria y el goce de admirar y estudiar los monumentos artísticos. No son éstas materias de tal naturaleza que exijan largas vigiliass y cuantiosos dispendios para aquellos que solo tratan de formarse una idea de la esencia del arte y de sus manifestaciones en la historia. Con algunas horas que al ocio y al regalo se conceden, hay bastante para adquirir un conocimiento recreativo y provechoso para el espíritu de las variadas flores que encierra el jardín de las artes. Ténganlo así presente los padres de familia, á los cuales corresponde dar el primer paso en esta obra de verdadera restauracion social, cultivando en el corazón de sus hijos el sentimiento puro y elevado de la belleza, y encendiendo en su noble espíritu el sagrado fuego del entusiasmo artístico.

Hé dicho.

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

los autores y el mundo: las cosas buenas de los escritores de
estas naciones son por lo común muy buenas, aunque algunas
naciones son mejores que otras en algunas cosas y en otras
no. Pero en general, el arte de escribir y de enseñar a
escribir es el mismo en todas partes, y el arte de leer
es el mismo en todas partes. El arte de escribir es el arte
de comunicar el pensamiento a los demás, y el arte de leer
es el arte de recibir el pensamiento de los demás. El arte
de escribir es el arte de hacer que las palabras tengan un
sentido, y el arte de leer es el arte de entender el
sentido de las palabras. El arte de escribir es el arte de
hacer que las palabras tengan un valor, y el arte de leer
es el arte de entender el valor de las palabras. El arte
de escribir es el arte de hacer que las palabras tengan un
carácter, y el arte de leer es el arte de entender el
carácter de las palabras. El arte de escribir es el arte de
hacer que las palabras tengan un alma, y el arte de leer
es el arte de entender el alma de las palabras. El arte
de escribir es el arte de hacer que las palabras tengan un
corazón, y el arte de leer es el arte de entender el
corazón de las palabras. El arte de escribir es el arte de
hacer que las palabras tengan un cuerpo, y el arte de leer
es el arte de entender el cuerpo de las palabras. El arte
de escribir es el arte de hacer que las palabras tengan un
espíritu, y el arte de leer es el arte de entender el
espíritu de las palabras. El arte de escribir es el arte de
hacer que las palabras tengan un alma, un corazón, un
cuerpo, un espíritu, y el arte de leer es el arte de
entender el alma, el corazón, el cuerpo, el espíritu de
las palabras.

Los Estudios Católicos celebrarán la apertura solemne del curso de 1875 á 1876 el día 15 del corriente, fiesta de Santa Teresa de Jesús.

A las ocho de la mañana habrá comunión general en el Oratorio del Caballero de Gracia; á las diez y media, Misa mayor con sermón que predicará el Dr. D. Manuel García Abenueñez de Uva, profesor de la facultad de Teología.

A las siete de la noche se verificará la sesión literaria en la que leerá el Dr. D. Vicente Olivares, profesor de Derecho, el discurso académico, y el Sr. Rector una Memoria sobre el estado de los Estudios, y acto continuo se hará la distribución de premios.

La Junta Superior de la Asociación de Católicos, el Rector y Claustro de Profesores de sus Estudios, suplican á V. se sirva favorecerlos con su asistencia.

Madrid 8 de Octubre de 1875.

Nota. La sesión literaria tendrá lugar en el salón de la iglesia de San Jsidro, entrando por la puerta de la calle de la Colegiata.

98-23



INVOCACION À LA VÍRGEN MARÍA

EN FAVOR DE
LOS NIÑOS.

HIMNO

CANTADO EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DE LAS ESCUELAS CATÓLICAS
DEL BARRIO DE SALAMANCA, EL DIA 1 ° DE OCTUBRE DE 1871.

Letra del Sr. PAREJA DE ALARCON.—Música del Sr. MASARNAU.

Coro.

*Bendice ¡OH MARÍA!
Los niños, que son
Del pueblo esperanza,
Delicia de Dios.*

Estrofas.

- | | |
|--|---|
| 1. ^a —Venid, tiernos hijos
Del pueblo afanado,
Y el premio anhelado
Gozosos tomad;
Virtudes y ciencia
Dan gloria y decoro;
Son rico tesoro
Y eterno caudal. | Guardad, VÍRGEN MADRE
De amor y clemencia,
Su pura inocencia,
Que es santa virtud. |
| 2. ^a —¡Dichosos los padres
Que, en santa alegría,
Os dan este día
Feliz paraben!
¡Dichosa la patria
Que, al ver tales hijos,
Sus duelos prolijos
Consuela también! | 4. ^a —Sois cándidas flores,
Creciendo entre abrojos:
Pasiones y enojos:
La vida os dará:
Llevad vuestro escudo
De Dios en las leyes,
Que á pueblos y Reyes
Ventura les dan. |
| 3. ^a —El niño aplicado,
Humilde, obediente,
Ya lleva en su frente
Señal de salud: | 5. ^a —Grabad en el alma
La escelsa doctrina,
Que al mundo ilumina
Y al hombre da luz;
Y, pobres ó ricos,
Sereis venturosos,
Siguiendo amorosos
De CRISTO la Cruz. |

Coro.

*Bendice ¡OH MARÍA!
Los niños, que son
Del pueblo esperanza,
Delicia de Dios.*

